

**OBRAS COMPLETAS DE SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA** (BIBLIOTECA DE AUTORES MURCIANOS, I). (Edición y estudio preliminar de **Angel Valbuena Prat**). Murcia, Sucesores de Nogués, 1948.

La Academia murciana de Alfonso X el Sabio, integrada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, inicia con esta publicación que comentamos una *Biblioteca de Autores Murcianos*, con el propósito laudabilísimo de dar cabida en ella a la producción literaria más destacada de autores de la región. El intento no ha podido tener mejor principio; un doble acierto lo avalora: el haber elegido para llenar el primer volumen la obra siempre viva del gran Polo de Medina, y el haber confiado su preparación al insigne Catedrático y miembro de la citada Academia, Dr. Valbuena Prat.

No es Polo de Medina de los autores murcianos menos estudiados. Sin que podamos decir que esté realizado su estudio cumplido (como no lo están los de Cascales, Saavedra Fajardo o Selgas, por ejemplo), al menos cuenta en su haber con dedicaciones tan valiosas como la de José María de Cossío, al frente de su edición de *Obras escogidas* de Polo de Medina (Vol. X de *Los Clásicos olvidados*, Madrid 1931), apreciada en su justo valor y ampliada en algunos puntos por Angel Valbuena Prat en su densa «Noticia sobre la vida y obras de Salvador Jacinto Polo de Medina», que encabeza esta edición de *Obras completas*.

En cuanto a la bibliografía de Polo de Medina podemos decir con satisfacción que son numerosas las ediciones de sus obras sueltas o agrupadas, repitiéndose indistintamente hasta el siglo XVIII y adquiriendo luego un enfoque unilateral que hizo de nuestro poeta un típico representante de la poesía festiva y jocosa, con perjuicio del resto de su obra en prosa y verso, cuya revalorización se inicia en 1927 (al celebrarse el centenario de Góngora, con la *Antología poética* que en su honor recopiló Gerardo Diego), y se continúa después con los citados Cossío y Valbuena. No podemos decir igual de las restantes obras que surgieron del importante círculo literario al que Polo de Medina estaba hondamente vinculado y que se desarrolló a la sombra de la ilustre casa Fajardo, en su palacio de Espinardo. En especial, dos obras—misceláneas en prosa y verso del tipo de las *Academias del jardín*—merecían figurar en la *Biblioteca* que acaba de crearse: *Las Auroras de Diana* de D. Pedro de Castro y Anaya y *Los días del jardín* (la *Semana de Espinardo* que dice Polo en la tercera de sus *Academias*) del Dr. Alonso Cano y Urreta, y particularmente esta última, que no ha vuelto a ser editada desde la príncipe de 1619 y que está reclamando una urgente edición debidamente comen-



tada. (De *Las Auroras* la ha hecho recientemente, sin comentario alguno, el catedrático Luis González-Palencia).

Por vez primera aparecen ahora juntas en un volumen todas las obras, interesantes y varias, del poeta murciano que llena la primera mitad del siglo XVIII, sin desmerecer de las grandes figuras que le sirvieron de modelo. Polo de Medina «fué un gran escritor español y un típico artista murciano. Vivió en la generación de Lope, Góngora y Quevedo, y penetró en la grave lección moral de Saavedra Fajardo y Gracián y del teatro filosófico de Calderón». Así resume Valbuena la polifacética actividad literaria de nuestro autor. Prosa y verso surgieron de su pluma con lozana agilidad para trazar las obras que le califican de maestro en el segundo siglo de nuestra época áurea: desde las *Academias del jardín* de sus veintisiete años—dentro de una modalidad en boga: *Cigarrales de Toledo* y las mencionadas *Auroras* y *Días*, entre otras—, hasta el meditado y severo *Gobierno Moral a Lelio* de su vejez, vinculado también a una literatura sentenciosa que tan cumplido representante tuvo en su paisano Saavedra Fajardo. Entre esos dos títulos hay que contar una gama, preferentemente poética, esmaltada del sentido satírico y jocoso con que se ha caracterizado a su autor por la crítica de las pasadas centurias: así, la prosa quevedesca del *Hospital de incurables* y *viaje de este mundo y el otro*, la miscelánea poética de *El buen humor de las musas* y las burlescas *Fábulas de Apolo y Dafne* y de *Pan y Siringa*, sin faltar el fugaz cultivo del tema barroco por excelencia de la *soledad*, en esos *Ocios* con que convidaba a don Luis Marín de Valdés a gozar la hermosura de la aldea.

En la primera de las dos partes bien definidas de que consta el concienzudo estudio de Valbuena, se analizan los problemas a que dan lugar los títulos mencionados, en especial el regionalismo de la obra capital—las *Academias*, cuya «peinada prosa» se esmalta con sus «cuidados versos»—y la postura de Polo ante el culteranismo, con sus críticas y concesiones. En general se aprecia una sabia prudencia en la elección de los temas, para evitar repetirse con su antecesor Cossío, cuyo amplio y severo estudio acepta de antemano.

La segunda parte de su trabajo la dedica Valbuena a las obras atribuidas a Polo de Medina, cuatro de las cuales se publican en el mismo volumen, junto con las mencionadas de segura autoridad. Descartada la atribución a Polo de la *Universidad de amor y escuela del interés*, después de los estudios de Gayangos, Cossío y Entrambasaguas, se mantiene la duda respecto a la *Fábula de las tres diosas*, en verso, y a las tres en prosa de «Fabio Virgilio Cordato», que se publican como Apéndice: *El Lazareto de Milán*, *Noches de convalecencia* y *El Hijo de Málaga*, publicadas las tres por vez primera en Orihuela, en 1639. Tras estudiar detenidamente el ambiente a que hacen mención estas curiosas obras y sus posibles parentescos literarios, llega Valbuena a la conclusión de que el tal «Fabio Virgilio» sigue siendo un enigma, a pesar de la opinión de Justo García Soriano que lo identificaba como seudónimo de nuestro Polo. Por respeto a tan autorizada pluma se incluyen estas obras en el volumen, alegando que «mientras no se esclarezca la personalidad que envuelve este seudónimo, van bien como complemento a las producciones seguras de Polo de Medina».

En diez láminas intercaladas en el texto se reproducen el palacio de los Fajardos en Espinardo, las portadas de las primeras ediciones de todas las



obras de Polo y algunos otros detalles bibliográficos de las obras atribuidas, realizando con ello y con la pulcritud de la impresión—algunas ligeras erratas son fácilmente subsanables—el valor de este importante volumen.

E. Aranda

**García López, Jesús.—NUESTRA SABIDURIA RACIONAL DE DIOS.—**  
Colección Cauce. Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía del  
C. S. de I. C., Madrid 1950. 186 págs.

La finalidad del libro de García López está encuadrada perfectamente en los límites de la colección en que ha sido publicado. Se trata de una obra de divulgación y, como tal, está dedicada al gran público. Sin duda el tema se acondiciona al objetivo divulgador, el conocimiento racional de Dios es problema sobre el que, aun en el seno de nuestra Iglesia católica, conviven las opiniones más discrepantes, y realmente en el público al que está dedicado el libro de García López, reina una gran desorientación. Según eso, puede resultar de gran utilidad esta obrita, que se ciñe a exponer de la forma más clara las doctrinas tomistas sobre el conocimiento natural de la divinidad.

Dentro de su elementalidad, *Nuestra sabiduría racional de Dios* demuestra ser fruto de un detenido y concienzudo estudio, que se adivina en el trasfondo; el intento de vulgarización va en esta ocasión respaldado por la seria meditación, el autor no ha improvisado, sino que ha tratado de hacer accesibles a la masa del lector de cultura media las doctrinas tomistas sobre este tema tan delicado como escurridizo, y para ello utiliza un estilo sencillo, libre de toda clase de adornos retóricos.

A primera vista salta al hecho de que García López concede aquí mucha más importancia al problema de la existencia de Dios que al de la esencia divina, y aun dentro de esta segunda cuestión, mientras que se detiene poco en la determinación de la esencia metafísica de Dios y sus atributos, insiste mucho más en la posibilidad del conocimiento y en el propio conocimiento de la esencia divina.

Comienza por un somero análisis del conocimiento humano, tras el cual se plantea el problema de nuestra sabiduría racional de Dios (sabiduría como conocimiento de los seres reales por las últimas causas). La demostración de la existencia de Dios va precedida de unas consideraciones sobre su necesidad—contra el ontologismo—y su posibilidad, en la que a su vez distingue dos aspectos: si es posible—contra el agnosticismo teológico—, y cómo es posible. Las demostraciones que ofrece de la existencia de Dios siguen rigurosamente las cinco vías tomistas.

